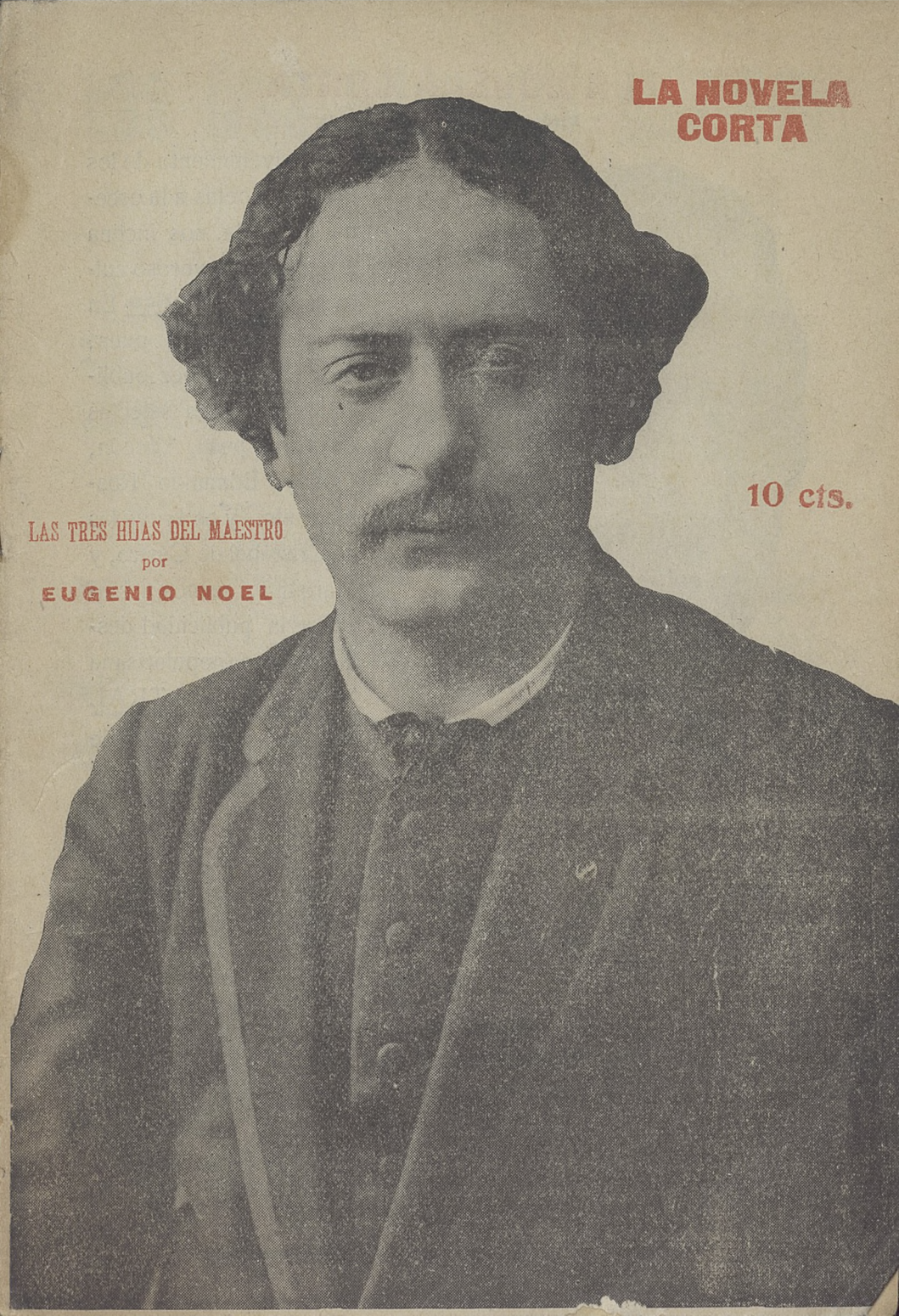


LA NOVELA CORTA

10 cts.

LAS TRES HIJAS DEL MAESTRO

por

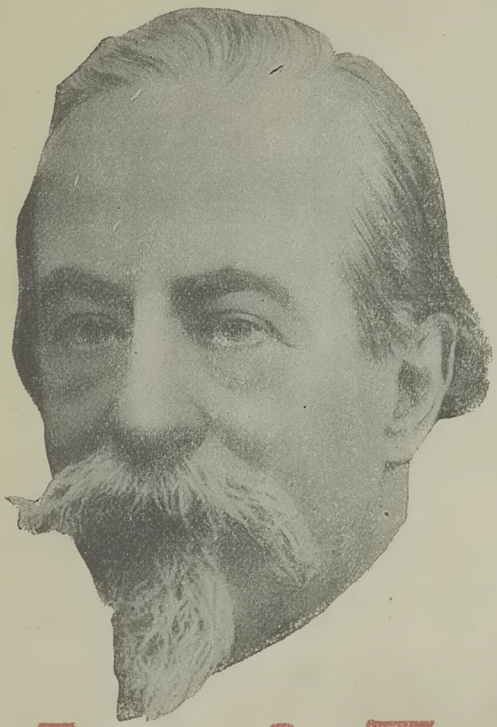
EUGENIO NOEL

Año IV
N.º 179

LA NOVELA CORTA

Director: JOSE DE URQUIA

Madrid 7
Junio 1919



El advenimiento de los grandes poetas a la escena española, nos inclina a rendir un fervoroso culto al **Teatro Poético.** En su consecuencia, pues, después de haber publicado las obras selectas de Villaespesa, Alarcón, Godoy, Edmundo Rostand, etc., y en breve las de Cristóbal de Castro, y Marquina, vamos a lanzar a la publicidad desde nuestra popularísima NOVELA TEATRAL los dramas inmortarles de

José Zorrilla

El Zapatero y el Rey
- - Sancho García - -
El Alcalde Ronquillo
El puñal del Godo
La mejor razón la espada

El prestigio del primero de los poetas españoles, la intensidad dramática de las obras, unido al espíritu cultural de nuestros lectores, habrán seguramente de coronar con éxito nuestro apostolado.

El Zapatero y el Rey, aparecerá mañana

Las tres hijas del maestro

NOVELA INÉDITA

por

Eugenio Nool

Come le pecorelle escou dal chiuso
ad una, a due, a tre e le altre stanno
timiditte atterrando l'occhio e il muso.
E ció che fa la prima, le altre fanno
addossandosy a lei s'ellos s'arresta
semplici e quete, lo'ns perché non sanno...
Dante: «Purgatorio».—III.

A JULIO ANTONIO

Una mayor dilatación de nuestra personalidad toda entera... siempre indivina, se ostenta sobre una superficie tanto más considerable.—Bergson: «Materia y Memoria».

I

—¿Te estás quieta o no, Mustiola? ..

—Si, ya me estoy quieta, Alejo; mira...

Y el gran pintor rió, una vez más, oyendo y mirando. Oyendo aquella voz impregnada de los acentos de todos los idiomas del Universo, que descuartizaba el altivo castellano con un mimo deliciosamente felino, y viendo aquella última postura de la bailarina famosa, actitud increiblemente exótica como todas las suyas.

Alejo abandonó la enorme paleta, se cruzó de brazos y, riendo, la preguntó:

—Pero Mustiola, ¿crees tú que Salomé vivía bailando siempre en torno de la cabeza del Bautista?... ¿Crees que aquella buena galilea había leído a Wilde y oído a Strauss?...

Mustiola pareció preocuparse mucho al oir estas palabras irónicas; con el mismo gesto exagerado, absurdo, deshizo su pose y, como trastornada muy profundamente, se fué hacia el panel del estudio. Una vez allí abrió los cristales, apoyó el hermosísimo brazo en el alféizar y el menton en la mano, y quedó así extasiada, absorta, al menos en la imagen, en una nueva postura falsa de toda falsedad más maravillosamente evocadora.

Alejo la contempló así un instante. Estaba muy bella.

—¡Castilla, Castilla!—exclamó la danzarina—. ¿Cuál es tu misterio, Castilla?

El gran pintor se echó a reir, esta vez muy fuerte.

—Pero ven aquí, mujer, ven aquí, loca. Deja a Castilla en paz y no la compliques también como a Salomé.

Mustiola dijo secamente.—Ven tú.

Cuando le tuvo cerca, Mustiola se echó en sus brazos y le besó en la boca largo tiempo, fría y ruda.

—Beso tu genio, Alejo, besa tú el mío.

—Siempre teatral, Mustiola; tan divina y tan boba como eres.

Cogió Alejo aquella cabeza ideal entre sus manos y, sin besarla, le dijo:

—El misterio de Castilla es la sinceridad, esa es también su tragedia.

—Sois todos desolados como ella... Tú que la pintas tan bien, oh, qué mal la entiendes. Mira, Alejo mío, mírala. Nadie la ha entendido, no será comprendida nunca. Y ese es su misterio, que nunca la comprenderán...

—Entonces, su misterio es el tuyo, Mustiola.

—Calla y mira. Qué espantosa y qué bella es. Sin un árbol, sin un árbol...

La danzarina retenía al inmenso pintor bajo la argolla de su brazo y en vano forcejeaba aquel trabajador incansable por desasirse de ella.

—No, no te irás. Se está muy bien así, a tú lado y ante Castilla.

—Se está mejor pintando, ea. Vamos a continuar nuestra Salomé.

Mustiola cayó de rodillas y suplicó al artista con las manos juntas y el rostro fervoroso que la dejara contemplar Castilla a su lado.

—¿Qué necesidad tienes de ponerte de rodillas para pedirme ese capricho estúpido?

—¡Capricho estúpido mirar Castilla cerca de ti!... ¿Quién la ha pintado como tú? Por tus cuadros, Alejo adorado, aprendí yo a sentirla.

—Si fuera verdad que la sientes a través de mis obras no harías el ridículo El mayor homenaje que puedes hacer a Castilla es ser como ella.

—Eso te preguntaba antes, cómo es ella.

—Ya te lo he dicho: sincera, realista, llana.

—Sin un árbol, sin un árbol... como tú, Alejo... Por eso la pintas tan bien.

Alejo volvió delante de su cuadro que llevaba trazas de no terminar nunca. Era um deseo de cierto millonario americano. Este señor, admirador de Alejo, quería poseer una Salomé de Alejo Oural, el pintor más recio del mundo... Y Alejo llamó a Mustiola Albaida para que le sirviera de modelo.

Sí, sí... se dice pronto, de modelo. De lo que servía al pintor incomparable era de continuo disgusto, un disgusto delicioso, claro está, porque la danzarina no era una modelo cualquiera. Mustiola Albaida se negaba siempre a los pintores que en legión la suplicaban les inspirase con la visión única de sus formas. Ahora bien, Alejo Oural lo merecía todo. Allí en su templo románico, en el riñón de Castilla, Alejo creaba esos cuadros que ella había visto en todos los Museos del mundo, que habían elogiado, sin regatear una sola alabanza, los artistas mejores del Universo. Y orgullosa accedió. Se fué con él al pueblo castellano y una tarde en que el cielo estaba como la tierra, pardo, vacío, de cárdeno sucio como el color de la enjalma de una bestia, entró en aquel estudio raro, siniestro para ella toda luz oriental, bayadera perdida en un siglo y país lejanos de su espíritu.

Pero ¿quién era capaz de hacerla estarse quieta? ¿Quién hubiera tenido sugestión bastante para contener la energía de aquella sangre inquieta y envenenada por años enteros de peregrinación artística. El menor detalle despertaba bruscamente en su alma el más inesperado de los sentimientos. Un reflejo metálico de algún cachivache de los alfares segovianos, la visión de una estatua polícroma de retablo ibérico, los utensilios castellanos que servían al pintor, cualquier cosa hería sus ojos inmensos, negros, de profunda e insaciable mirada, y conturbaban su alma. Como una exhalación corría al objeto, al icono, a la baratija, y oraba ante ellos.

Alejo, enfurecido y riente al mismo tiempo, dejaba su paleta o la tiraba, e iba por ella y la traía con paciencia benedictina colocándola en el diván tunecino en la postura violentada, rogándola no moverse más en nombre del mismo arte que ella amaba tanto. A veces había que reir y reir mucho porque su admiración producía catástrofes serias. Cierto día que entró un labriego de Coca, joven y de profunda trama castellana, vestido con el traje típico de los parameses de la meseta, Mustiola casi en cueros, pintada, con los cabellos revueltos, no bien le hubo visto, arrojó la cabeza del Bautista que soportaba en bandeja talavereña y se colgó del cuello del palurdo que nunca había soñado en su pegajal con mujeres en tal guisa y trasnochamiento. Y allí fué Troya. Los rastrojos pajizos de la barbechera, las gatuñas y los escobajos de los casones de su villorrio no habían puesto delante del chivo ningún pedazo de estera *debusyniana* y el fauno en bruto quiso hacer de las suyas y Dios y ayuda hubo de necesitar Alejo para desprender del macho *pánico* el delicado cuerpo de la Salomé. Y todavía, después de los puñetazos que le arreó Alejo, decía el buen labriego: «¡Pues qué te creías, repuño!...» En vano el pintor procuraba que Mustiola se diera cuenta exacta del país que pisaba.

—Mira, Mustiola, que Castilla es un país realista hasta el tuétano... Mira que don Quijote peregrinó por allá abajo, detrás de esas montañas. Aquí en la verdadera Castilla, en tierra de garbanzos, no hay sino realidad, mozos crudos como

ese, crudos, Mustiola, crudos como su tierra, como ella asperos, como ella enteros.

Castilla era la obsesión de la danzarina encantadora. Tenía de ella una idea extravagante y genial. Su alma porosa de viajera del Mundo se dejaba impregnar de aquel cierzo helado que mullía la aridez lívida de las interminables ondulaciones grises, de la penumbra mortecina que lo envolvía todo con pliegues de sudario, de las montañas de ceniza que se sucedían hasta lo infinito como rescoldo de una hoguera formidable que alumbró el Mundo durante siglos o como hábito enorme y absurdo de fraile que se hubiera secado y curtido sobre las breñas y los surcos, los pedrizales o las cantaleras...

—Sin un árbol, sin un árbol, como tú Alejo, como tú—decía Mustiola, enamorada.

Cuando se estaba quieta, en las manos la fuente trágica con la cabeza de Bautista, mirarla era como vivir el genio todo de Europa. No había en aquel cuerpo de una perfección irritante un solo espacio donde un beso dado no hubiera florecido en mil rosas de lujuria; no había en aquella carne un trozo que la vida intensa no hubiera macerado. La línea, la forma, la masa y el gesto producían en el mas insignificante e instintivo de los movimientos una serie de indefinidas sensaciones simultaneistas, de emociones ricas en matices casi musicales por lo difusos y musicales a la nueva manera, conforme los gustos nuevos. No inspiraba su desnudez audaz un solo deseo mortificante o lascivo. Era esa desnudez como infinitas espiritualidades en mezcla cubista precipitándose sin objeto alguno y volviendo a la carne como áspides innumerables que dentro de ella metieran la cabeza para morderse su cola, formando millares de anillos palpitantes y absurdos. Todos los motivos de decoración actual, todo eso que todavía no tiene nombre en el fondo de las disonancias y cromatismos del arte moderno, todo estaba en aquella carne que siendo negación de color, latía riquísima de fuerza.

Alejo Oural, pintando su Salomé, huía de todo ello. Su genio buscaba en la confusión europea de aquel cuerpo los valores orientales; la mandíbula de leona herida por misteriosas proyecciones sagitarias; las líneas de aquellos ojos que oblicuaban hacia los labios como buscándolos tan encarnizadamente que el ángulo del párpado con la rama extrema de la órbita se fundía en una sola línea. Pero había que huir de todo lo demás, porque todo lo demás era espíritu de nuestros días, refinamiento ilimitado, calcos sabiamente hechos, un tesoro de joyas espirituales falsas pero joyas que tenían el prestigio de su forma eternamente bella. Alejo buscaba una Salomé de carne y hueso cuya pasión mas que flor, fuera fruto de ese hueso y de esa carne. Todos los grandes artistas de los siglos muertos ¿no habían triunfado hasta en la técnica misma, siendo fieles a la fuente eterna de la vida y despreciando el sincronismo, el color local, lo que puede hacer caer en los abismos de lo pintoresco esos purísimos raudales de realidad?

Esa misma gracia que le producían los gestos de Mustiola le convencían mas todavía de que andaba acertado. Y, sin embargo, aquellos gestos, las posturas de la danzarina inimitable, eran en sí mismos deslumbradores, capaces de agitar artísticamente un alma, sugiriéndola extraordinarias perspectivas orientales.

Mustiola se irritaba de que le hicieran a Alejo tanta gracia sus movimientos. Hasta hubo una vez que el pintor pronunció la palabra histerismo. Es mas, un día Alejo hizo esta frase para juzgarla: asmodeismo. ¿No se llamaba Asmodeo el demonio que en la antigüedad tenía a su cargo los nervios de las mujeres? No había duda, Mustiola estaba poseída por Asmodeo.

—Yo soy como Europa ha querido que sea—dijo una vez por toda defensa.

Lo artificioso de aquellos gestos eran también medula del espíritu ya. Desnuda o vestida, Mustiola era siempre la artista divina que embaucaba los sentidos y los encantaba como serpientes que al fin son...

Falsos, muy falsos aquellos gestos, extravagantes las posturas tangentes y excéntricas todas a la realidad; mas sin ellas la diosa de la danza se extinguía en el lamentable clarobscuro de los demás. ¡Y dónde había ido a parar, Dios santo, al riñón de Castilla!... Allí donde mas que en otro cualquier sitio del Mundo la realidad doma los caracteres por muy rebeldes que a ella sean!...

El propio Alejo, cuando se reía de Mustiola, había de confesar que no com-

prendía bien la causa de su risa. Aquella mujer hacía una obra de arte de su vida. Era artista suprema en los escenarios y era artista en los más vulgares momentos de la tarea cotidiana. Su personalidad triunfaba a cada paso derramándose sobre las cosas como el bálsamo que en los cuentos de los niños, echan las princesitas sobre los objetos materiales que han de tocar sus manos de ensueño.

—Estoy en Castilla—decía Mustiola ensimismada.

—Ten cuidado con ella—repetía siempre Alejo riendo—ni un árbol, Mustiola...

II

No temas; acoge lo ignorado, procede segura y libremente. No desees más que vivir.
D'Annunzio: «Las vírgenes de las rocas».

En el templo románico convertido en taller jamás sucedía nada que pudiera mencionarse. De vez en cuando, una obra hecha en él se vendía a precios fabulosos en el extranjero. De vez en cuando, los más famosos artistas del Mundo venían a visitar esta vieja casa de oración transformada en casa de trabajo. Entonces salían a su encuentro Alejo y don Basilio Oural, su tío, viejo cromo de hidalgo, y tres jóvenes hijas de éste. Una vez satisfecha su curiosidad o su deseo de arte puro, los visitantes se alejaban y nadie hubiera podido pensar que dentro de aquel recinto ocurriera jamás algo grave; algo de eso que ocurre en todos los estudios célebres del mundo, historias de las que sirven mas tarde a los novelistas para componer balzacescas leyendas. ¿Y en qué sitios mejores podrían encontrarse argumentos de vida intensa? En España como no hay personajes de novela, escribió un literato inglés, los autores los inventan.

Rodó y Mogro, discípulos de Alejo, venidos de América para estudiar a su lado, hablaban de ello. Un escultor parisien, el que con Bourdelle, Maillol y Nestrovic, compartía la admiración mundial, les había hecho sus confidencias.

—Oh, no entiendo yo lo que aquí pasa. ¡Oh, eso de que no pase nada qué antiartístico es! ¿Verdad? Ustedes, americanos, sangre y fuego, ¿estarán aburridos?

Rodó, sobre todo, reía al recordar cómo el escultor famoso deteniéndole en una colina y señalándole la torre del estudio, le decía:

—Si ese templo estuviera en mano de un... europeo!... Ah, qué cosas tan bellas pasarían en él. ¿No hay ahí tres jóvenes hermosísimas? Y, sin embargo, eso es desesperante, ahí no pasa ni puede pasar nada... nunca.

No puede pasar nada... nunca.

La mayor de las tres hijas de don Basilio, el gran maestro, el inspirador verdadero de Alejo, se llamaba Georgina; la otra, Paula y la pequeña, Fidela. Las tres eran muy hermosas pero, como en los cuentos, cada una tenía su carácter y ese carácter se conocía en la cara y la formaba a su semejanza.

Georgina, como sus otras dos hermanas, tenía los ojos muy negros, garzos, grandes, tal vez demasiado grandes, pero su expresión era soñadora, pasional, mientras los ojos negros de Paula, chispeaban malicia y picardía y una como indiferencia por todo lo que sucedía en torno suyo. Todo lo que preocupaba a Georgina hacía reir a Paula, que además tenía en favor suyo, como ella misma decía, el ser de pequeña estatura.

Hablar de Fidela era la exclusiva de Pando, otro americano, pintor y literato enamorada del «alma encantadora de Paris» que veía a través de Gómez Carrillo, y viajero incansable. Copiaremos un fragmento de lo que él escribió acerca de Fidela: «Es alta, delgada, esbelta, y más fea, es decir, menos guapa que las otras dos hermanas. Ahora bien, Fidela tiene en la boca una ansiedad misteriosa y el corazón se le quiere llevar lejos.»

Las tres se completaban y se adoraban. No podían vivir separadas un instante. El señor Optato Avelino, anticuario poderoso y terror de los tesoros parroquiales de ambas Castillas, las comparaba a los tres lados de un triángulo, cosa que no impedía anduviese siempre agazapado en alguno de los tres ángulos de su figura geométrica.

Oh, qué feo y simpaticonazo era el tal Avelino. Hombre ya maduro y algo

más que maduro, a punto de pasarse, había puesto sus ojos pitañosos, ridícu-tamente chicos, en... cualquiera de las tres.

Cierto día, a la vuelta de una excursion artística, es decir, de una expoliación en regla de una parroquia de la serranía, don Optato Avelino había dicho a Rodó:

—Me casaría con cualquiera de las tres.

Y como Rodó se hartara de reir al escuchar estas palabras, el anticuario, so-emne, más feo que nunca, extendió su diestra y dijo:

—Me casaré con una de las tres.

Difícil sería. Ninguna de las tres parecía preocuparse de cosa alguna que no fuera vivir. Vivían y en paz, Ni tragedia ni comedia. Todos los días se levanta-ban a la misma hora, rezaban juntas, porque las tres eran muy religiosas, peina-ban cuidadosamente sus cabellos negrísimos y repartían entre las tres las labo-res de la casa, el cuidado del estudio.

Un día visitó el estudio una mujer norteamericana, bellísima matrona de nues-tros días, todo lo mujer que puede ser un hombre y todo lo varón que puede lle-gar a ser una señora, que para espabilar o ahuyentar el escándalo de unos chi-cos mal educados la emprendió a tiros de revólver.

Esta enérgica criatura no creía en lo que veían sus ojos. Pero ¿aquéllas tres muchachas eran las magníficas imágenes que ella y el mundo entero admiraban en los cuadros de Alejo? Sí, sí, los ojos eran los mismos; las líneas faciales también, mas, ¡oh, sorpresa! ¿y el espíritu? ¿y aquella provocación, garbo y altanería tan españoles? Allí solo veía tres encantadoras jóvenes, rubo-rosas, tímidas, como palomas, que se habían desmayado antes al oir so-nar los disparos con que ahuyentaba los chicuelos castellanos, y que se escanda-lizaban ahora, de escuchar de sus labios las más atrevidas ideas cosmopolitas.

Era lo de siempre. Nadie se explicaba aquellas tres criaturas tan sumisas, tan fuera de la realidad del mundo artístico y de la fama que envolvia el es-tudio de Alejo y Don Basilio. Este reía y preguntaba: ¿Y porqué habían de ser de otra manera?

Los literatos que frecuentaban el pueblo castellano se hacían cruces, ellos que infestaban la literatura patria con pavorosas complicaciones sensuales y endemoniados problemas psicológicos en nombre de Europa y del arte modernos, se encontraban allí, en el ambiente de dos artistas supremos, glo-rias universales los dos, con la vulgaridad de un cotidianismo insoporta-ble. Cuando hablaban con las tres hijas del maestro se quedaban turulatos, Sencillas, buenas, cándidas, siempre juntas, temerosas siempre, asustándose en cuanto las sacaban de la domesticidad más primitivas. ¡Ya tan bellas las tres!...

La más asombrada fué Mustiola Albaida.

Al principio ese asombro fué estupefacción. Allí, al lado de Alejo el mejor pintor del Mundo y tan simples, tan secas de espíritu... ¿Cómo creaba Alejo sus concepciones estupendas en aquel medio tan ingrato? Y eran ellas las modelos de tanta y tanta obra magistral! Alejo rehuyó darla explicaciones. Ellas no sa-bían los primeros días ni hablarle siquiera. Como niñas la seguían deslumbradas por aquel andar felino; aquella sabiduría en colocar un pie delante del otro con aparente negligencia, para que las caderas se movieran en ritmo caricioso y las-civo; aquella manera de vestirse que era mejor un arte sutilísimo de desnudarse, de mostrar formas y morbideces aumentando con unos trapos costosísimos el va-lor de la línea y de la masa.

Después, ya familiarizadas con el propio asombro, se atrevían a imitarla en travesuras deliciosas y concluían por desternillarse de risa. Las ropas interiores de la danzarina las causaba un regocijo infantil. Caros, muy caros debían costar aquellos caprichos. Y, cuando Mustiola no estaba, invadían la habitación de la bayadera y sus ojos negros inmensamente grandes, se abrían aun más revolvien-do las ropas y trajes de calle y de casa que eran más absurdos y raros que los del teatro, manipulando en el tocador tanto bote y frasco y barras de un maqui-llaje de diario que las dejaba atónitas.

Bueno que en el teatro ocurrieran aquellas cosas; pero ¿qué objeto llevaba

la hermosísima Mustiola para vestirse de ese modo y conducirse como ellas veían sin saber si reírse o morirse del susto. Porque había que ver a Mustiola, en cualquier momento casero. Un peinado y un traje nuevo cada hora. Al levantarse de las sillas adoptaba posturas hieráticas, siempre diversas y una más rara que la otra. Al beber un simple vaso de agua, en una especie de cáliz servida, aquella criatura oficiaba como si bebiera la sangre de Cristo en un altar. Comiendo, ¡oh, comiendo sucedía que se embobaban mirándola y cuando querían comer ellas se avergonzaban y no sabían ya ni comer a la manera de Mustiola ni, lo que es más gracioso, a la manera suya.

Y, sin embargo, ninguno de aquellos movimientos y gestos eran feos. Y ella jamás caía en lo grotesco. No; siempre seria, siempre encantadora, cada acto suyo era rememoración de esas cosas que tanto nos agradan y tanto contribuyen a mantener vivo el ideal en el corazón cuando las vemos en la iglesia, en el escenario, en el arte.

Alejo y don Basilio, comiendo al lado de Mustiola indiferente a sus ironías, parecían dos salvajes. Y las tres hijas del maestro comparaban silenciosas las maneras de aquellos artistas soberanos, ella, tan pulquérrima, tan minuciosa y bizantina, haciendo de cada gesto mínimo, obra de arte; y ellos, viviendo la vida de todos, siendo como todos, perfectamente adaptadas a la realidad de la existencia. ¿Cuál tendría razón? ¿Quién de ellos era el verdaderamente ridículo?

En su trato con ellas, Mustiola no podía ser más dulce, más deliciosa. Sin esfuerzo alguno aquel ser encontraba en el castellano las palabras de ternura y gentileza propias para atraerse su afecto. Con lo difícil que es encontrar en nuestro idioma esas palabras a los mismos naturales. Hasta eran esas palabras más dulces pronunciadas con su acento cosmopolita. Ellas no podían ni sabían hablar así. Ni su bondad nativa, ni su deseo acertaban a encontrar palabras semejantes. Y era, más que imposibilidad, temor; ¡oh! un miedo cerval a salirse de lo trillado, de lo manido, a caer en el ridículo; sobre todas las cosas miedo a esto, al ridículo. Y la natural reacción ante esa impotencia espiritual era la burla, una suave burla que las hacía sacar la lengua y poner gestos lamentables.

Con qué donosa imitación siniesca repetían entre ellas las frases y gestos de Mustiola o se envolvían en sus ropas y procuraban ser y andar como ella. En cambio, ella no se reía de la simplicidad suya; le asombraba sobremanera que las hijas de tan grande artista no se vistieran y condujesen como aquel estudio y genio en él esparcido pedían, mas nunca indicaban cosa alguna. Una vez no pudieron resistir el bochorno. Paseando por el pueblo castellano los hombres comenzaron a burlarse de Mustiola y las tres hijas del maestro huyeron de ella.

III

> Cada mirada suya es un suspiro. Si pudiese ser algo distinto de lo que soy. ¡Estoy enfermo y cansado de ser lo que soy! En este pantano del desprecio propio, él, alga venenosa, prospera y todo es pequeño, oculto, deshonesto, dulcemente pútrido. Allá se revuelven los gusanos de la sensibilidad y del resentimiento: allí el aire exhala un olor repugnante de secreto...
>
> Nietzche. «La genealogía de la moral.»

Alejo, poco amigo de discípulos, soportaba no obstante cuatro jóvenes americanos. Pando, Mogro, Rodó y Vila, jóvenes independientes para los que el arte era un refinamiento de su educación y no un medio de desenvolvimiento futuro. Por eso los aceptaba el gran pintor y aun así y todo, mientras él trabaja, ninguno de ellos subía a la torre misteriosa.

Su concepto del arte y su visión de España eran actuales; su vida, también. Les hacía Mustiola tanta o más gracia que a Georgina, Paula y Fidela. Separaban perfectamente como sus maestros, Alejo y don Basilio, la lucha por el arte y la lucha por la vida. Lo que les entusiasmaba en Mustiola era «la cantidad de

mujer que había en ella». Cuando la veían danzar se entregaban a un sueño y se habrían irritado mucho si alguien les hubiera hecho ver la falsedad de ese delirio. Eran como esa clase de gente que, charlando de las cosas más triviales, dicen de pronto, al escuchar los primeros compases bethovenianos: «Vamos, señores, a escuchar a Beethoven», y se disponen a sentir. Mustiola Albaida se había horrorizado al oirlos hablar del arte y de la vida separando a pesar de su juventud y de sus viajes esos dos conceptos, diferenciándolos de un modo inapelable. La vida es una cosa y el arte es otra muy opuesta.

Y, con tan fácil distinción, las horas de arte eran horas de idealidad, de aspiración a la infinita variedad de formas de lo perfecto y su consecución por una técnica irreprochable, y las horas de la vida eran horas de pasión y de adaptación económica al medio. Económica; es decir, con el menor derroche posible de las idealidades alcanzadas en las horas de meditación y mejoramiento. Vivir en artista siempre, ¡oh qué martirio! Y no creían en la sinceridad de la danzarina. Es más, se burlaban de ella y con las tres muchachas rivalizaban en el taller a quien recordaba mejor y criticaba ese modo pintoresco de ser. Porque aquel modo de ser no era artístico, sino pintoresco, según ellos.

Pando que había jurado un amor eterno a Fidela, le preguntaba riendo:

—¿Habría en el mundo quien pudiera resistir a esa mujer en la intimidad?

Y convenían en que no. Fidela tenía de la vida un concepto bellísimo; la vida era un valle de lágrimas que había que enjugar por el amor. Y del amor de Pando esperaba ella sin duda, el alivio a esas lágrimas que todavia no había vertido.

Rodó hacía el amor a Paula y ¡oh! cuánta razón tenía este hombre al afirmar que la felicidad consiste en poseer una mujer todo lo menos complicada posible. Una Mustiola y el suicidio a escape. Bella, muy bella, pero insoportable, absurda. No bailando, aquella mujer era un sarcasmo.

—Pero no me negareis, decía a Pando, Rodó y Mogro, su compañero, que como mujer es una *señora* mujer.

Qué habían de negarlo. Desde que llegó Mustiola los cuatro habían determinado hacerla suya. Vila era el que había roto más pronto el fuego y el que no se recataba ni delante del maestro en alardear de su intención.

A don Basilio y el propio Alejo les parecía lo más natural del mundo que los jóvenes artistas pensaran en eso. ¿Es que el propio don Basilio Ouval tan imponente no había ya dado los primeros pasos en ese sentido por ese sendero?

Fidela, Georgina y Paula, que adivinaban los deseos de sus amigos, los encontraban muy naturales. ¿Qué había de inspirar mujer semejante sino un amor de los sentidos? Su propio talento artístico la hacía más incitante. Las tres muchachas, demasiado medrosas para abismarse en graves problemas de sensualidad, no dejaban de satisfacer su secreta envidia femenina con la idea de que todas las perfecciones de la divina Mustiola no eran sino a modo do serpientes vivas colgadas a su cuello prontas a volver de su letargo provocado y a morderla.

Si, danzaba muy bien, muy bien. ¿No la habían visto? No; ellas salían muy poco, casi nada. No las dejaban, es decir, no tenían ellas mismas mu cho empeño en salir. ¡Son tan atrevidos, tan poco educados los hombres de las ciudades!...

Rodó las descubría el genio de la danzarina. ¡Oh, ante su talento había que descubrirse. Y los cuatro rivalizaban en recordar cómo la apetitosa mujer que los tenía trastornados por su belleza física. ¡Oh, esta mujer en la escena, es una divinidad arrancada de los Vedas. Y procuraba dar a las tímidas hijas del maestro una idea de algunas de las danzas que la habían visto.

Esta bayadera perdida en nuestro siglo produce el efecto brusco, radiante y de asombro que causaría la aparición de la esclava de Vichsnú, la bellísima Lackelsmi, aquel bronce extraño de suprema lascivia, de bárbara abundancia, que, admiramos en el museo de Guimet.

El arte de la Duncan, de la Badet, de la Napierkowska, nada semejante al arte de esta Mustiola cuya vida es como sus bailes.

Aquellas bailarinas de ópera, con sus florones y crinolinas dibujadas por Gavarni y Degas y cantadas por Mallarmé que decía de ellas ser semejantes a

flores invertidas: ¿pueden ya interesarnos? Pero ésta... Su cuerpo recuerda la Eurídice griega del Museo Nacional de Nápoles, la Venus del trono de las termas de Roma, la bellísima estatua egipcia de la Nacional Gallery, el cuerpo de la Niobe, el torso de mujer del Museo Nacional de Roma, la Dafne del grupo de Bernini, la matrona de la fuente de Donner, la ninfa de la concha de Coyzebox, la mujer de la casa Dorchester, de Stevens... todo eso recuerda su cuerpo en quietud; pero cuando su cuerpo se mueve si no se posee en el alma proyecciones vastísimas del pasado hay que renunciar a admirarla.

Porque Mustiola no se satisface con inventar ella misma sus danzas, ha estudiado en las estelas antiguas, en los bajorelieves, en los pilones de los templos ejipcios, en los vasos de barro cocidos en los hornos de Tarso, en las ánforas rojas estampadas con siluetas negras, en las parédes de los templos persas, en los plafones subterráneos de las pagodas indias, en las grutas sombrías donde dormita Indra ebrio de soma. Ha estudiado allí sus posturas, sus gestos que ennoblece con su vida; no les resta su agrio hieratismo, su espantoso rasgo de cobardía y renunciación y ese es su triunfo, triunfo magnífico que es como visión de tiempos bien lejanos.

Cuando danzaba el Peer Gignt, de Edwar Grieg, pieza noruega que el genio de Ibsen hiciera inmortal, veíanse en su baile delicadezas inspiradas en ella misma revelación de un alma enorme. En la muerte de Aase el destino la mata. Se veía su cuerpo desnudo a través de un velo negro y una clámide morada, ténuemente morada, caminar a la muerte paso a paso, golpe a golpe. La música, el doloroso, el desolado e inexorable andante, traza en el viento la senda que ha de recorrer, que recorre como si a uno y a otro lado hubiera abismos. Y cae. Y cae lentamente, inexplicablemente; cae danzando y aun cuando está en el suelo danza. Manos, brazos, cada uno de sus miembros, el torax, el torso, el escudo del vientre, la grupa, danzan independientemente unos de otros; pero siempre completándose. Cuando ha muerto Aase, cuando se ha desvanecido en su lucha impotente con el destino, con la fatalidad y yace, ¡oh, la línea que va desde el seno ondulando hasta el pie. Recordaba la Cecilia, de Maderno.

Mendelsson soñó a Mustiola en su gruta del Fingal, es el gnomo ideal, el espíritu soñado de los antros. Tocado su espléndido cuerpo de una túnica rojiza rizada en pliegues a la manera de la Nike de Peonias, se lanza al viento y en el viento flota sin que se oiga otro ruído que el de aquel cuerpo divino al romper el aire en fortísimos ímpetus de vida. Su pierna impecable, robusta, de punzadora voluptuosidad, gira atropelladamente, modelando en el viento la fina ironía, el sarcasmo, cierta rabia cómica. Nada más seductor. El espíritu de la gruta es una mujer; la mujer se aburre y esparce su vida por el antro ante la estupefacción grotesca de los gnomos, trasgos y silfos de la caverna llena de armonías.

En la danza del incienso, de Bucalossi, aparecía sobre la alfombra, como evocada por la primera nota. El sarhi rojo y verde de la sacerdotisa la envuelve en una tonalidad misteriosa, su cara es pálida, brillan quietas sus grandes y límpidas órbitas. Lleva la pátera del incienso en su cabeza y viene alta, imperativa, consciente de su misión, de su alto servicio de esclava de un dios irritable. El espíritu invadido por tanta belleza, por tanta gracia, tan insuperable reconstitución de una danza que bailaron las mujeres tantos siglos hace ¿qué ha de admirar más aquellas figuras de esculturas que se reconocen en cada movimiento, o aquel ritmo que traza arabescos plásticos y armónicos al mismo tiempo con las formas y el incienso de la paila con el benjuí o el nacta o la mirra... Embriagada con la ofrenda que prepara a su Dios llénase de él toda ella, y enfervorizada, poseída por la divinidad que conmueve sus entrañas, baila ante el fetiche.

Las ajorcas, los aderezos, los abalorios, tiemblan, suenan, entrechocan en sus brazos, en sus manos y en sus pies. Las bragas de odalisca nada ocultan al deseo que se excita, consume y quema con aquellos rasgos de la danza en que cada movimiento parece una promesa.

Unos a otros se recordaban estas cosas. Cuando las jóvenes les hacían notar que se entusiasmaban demasiado, ellos protestaban solemnemente de que al

fin eran artistas. Ni ellas ni ellos reparaban en el curioso modo de obrar de sus sentimientos. Aquella mezcla de arte y de lujuria, de hombría y de afán de belleza les parecía la cosa más natural. Bastaba ampararse en la idea de que eran artistas para justificar sus bajos deseos. Bajos, no, artísticos. Su voluptuosidad era artística, gérmen de técnicas nuevas, gérmen asimismo de inspiraciones innovadoras. Se hubieran asombrado de que alguien les demostrara la vergonzosa contradicción. Por el arte buscaban el cuerpo de la artista y el mérito de ésta y el respeto que ese mérito comprendido les causaba, no hacían sino acrecentar la materialidad, la realidad de ese deseo.

El anticuario, el famoso don Optato Avelino, obraba con más lógica, con franqueza más loable. Una tarde, la había esperado en la escalera secreta que daba a un rincón del ábside y sin que ella pudiera impedirlo ni hiciera luego por impedirlo, la estrechó fuertemente en sus brazos.

—Mustiola, no sea cruel conmigo, repetía el pobre viejo.

Y Mustiola fué *tan cruel* que le acariciaba como a un niño.

—¡Que no soy un niño!—rugía don Optato abrazado a la bayadera.

—Oh, entonces eres un asno, un, ¿cómo se llama en Castilla a los asnos?... ¡Ah, sí, sí, un garañón, un garañón viejo, un garañón de anticuario!...

Un garañón de anticuario... Tenía gracia Mustiola.

Todo se lo decía a Alejo. El pintor reía.

—¿Y ese también es Castilla?—le preguntó. Porque Alejo salía del paso diciéndola siempre que Castilla tenía la culpa, que Castilla era la causante de todo.

¿Por qué son Fidela, Paula y Georgina... como son? Porque Castilla las ha hecho así. Castilla es realista, rechaza rudamente todo lo que no se la parece, es una región adusta, cenceña, áspera.

—Sin un árbol, Mustiola, sin un árbol—la decía siempre el pintor.

Aquí no hay términos medios, ni clarobscuros poéticos o que se presten a sentimentalismos de medias tintas. El sol cae a plomo; el hielo, también. Los nervios mismos no tienen aquí su bonita estilización arbórea, son puntiagudas ramas rectas de espino serval, de cactus, pinchos de cardos.

Cierta mañana fué Mustiola con doña Berta, madre de las tres jóvenes, y con ellas, a la Catedral castellana. Un canónigo joven, guapo, perfumado y vestido con morados y armiños que entusiasmaron a la bailarina, se puso delante de Mustiola con arrogante gesto romano y la conminó a retirarse de la casa de Dios, en tres idiomas; primero, en un latín primoroso, conciliar, de anatema; después, en castellano, y poco después... en francés de Método. El buen clérigo suponía que sólo una francesa se atrevería a vestir como Mustiola quería entrar vestida en la Casa de Dios.

El suceso tuvo resonancia casi artística, y los cuatro americanos, que iban en *conserva* detrás de las mujeres, tuvieron de qué admirarse.

Rígido en el dintel de la puerta el joven canónigo, extendido el brazo, con la faz *omildosa* y seca de los prestes y *calonges* de otras edades, echó del templo a Mustiola. Las beatas y las muchachas de la ciudad formaron círculo, doña Berta retrocedió espantada. Fidela, Paula y Georgina buscaron refugio cerca de los americanos, sólo la danzarina no movió pie ni mano, ni ojos, porque no tenía ojos ni espíritu bastante para gustar la escena.

Incomparable cuadro aquél. Rodó juró pintar un lienzo titulado «Mustiola arrojada del templo». Oh, qué actitud la de Mustiola ante el guapo y teatral canónigo. Doblada bajo el anatema, confundida, los ojos negros abiertos en infinito asombro, acurrucada en los bordados y blondas de su enorme mantilla, ceñido el cuerpo hasta ser imposible enseñar más desnuda, alta la falda clásica hasta vérsela casi las ligas...

Doña Berta lloraba, lloraban sus tres hijas, cuchicheaba el beaterio, y en el silencio ferial de aquella santa mañana de domingo las palabras trilingües del *armiñudo* canónigo resonaban a los pies de la amarillenta Catedral gigante como rayos y truenos de la cólera divina.

Pero Mustiola no se movía ni quitaba sus ojos del sacerdote. Jamás la había

visto nadie tan hermosa. Don Basilio y Alejo, que llegaron en el momento anecdótico, luego confesaron que nunca vieron criatura más radiante.

En vez de retroceder atribulada, Mustiola avanzó. Y fué su gesto un gesto increíble. Como una leona sorprendida por un peligro que no la había ocurrido jamás reacciona y acomete incontrastable, así Mustiola se irguió, rodeó su cuello y escote con el embozo de su larga mantilla a manera de un manto peruano, y... ¡oh *mirábile visu!* la danzarina entró en el templo.

Mas aquí de los míos. En vez de echar mano el canónigo implacable a la caja de los truenos eclesiásticos, al pasar Mustiola por su lado rozándole felinamente, sin quitar de él los ojos, aparece una sonrisa en los labios consagrados y detrás de la sonrisa estas palabras memorables...

—Y que sea... la última vez que venís así vestida.

Don Basilio y Alejo se llevaron al canónigo al pórtico y riendo le daban golpes en la barriga y le felicitaban.

—¡Hay que ver cómo se atreve a salir vestida esa mujer!—exclamaba el cura.

—¡Y cómo se atreve a entrar en la Casa de Dios!—añadía irónico don Basilio.

—La última, la última vez que entra. Y eso por ser ustedes quienes son. Mas ¿por qué no la aconsejan se vista cristianamente?...

—Porque nos haría el caso mismo que a vuestra Paternidad.

—Tiene que saber que Castilla no es su tierra. ¿De dónde es?

—¿Que de dónde es? Ya daría algo ella por saberlo.

—Satánica criatura—se quedó refunfuñando el canónigo.

Sin que las tres hijas del maestro se dieran exacta cuenta, la influencia de Mustiola se iba grabando en las escondidas determinaciones del alma. La valentía de ir vestida como la daba la gana, que en ella era hábito, sorprendía más cada día a las cándidas criaturas cuya vida no podía ser más lenta e igual. Los hombres la caricaturizaban, se reían de ella, pero la miraban, y a fuerza de comérsela con los ojos, encontraban que aquel cuerpo y la cara aquella pedían la audacia que tanto les sorprendía.

No gustaba mucho a Mustiola defenderse, mas solía decir a Georgina, que de las tres era la que más le agradaba:

—No sé por qué se extrañan de mis trajes, ¿no voy vestida de española? ¿Qué culpa tengo yo que las mujeres españolas sean tan temerosas?

No se explicaba la danzarina deliciosa esa timidez para vestir, andar y moverse como su hermosura y la raza lo debieran exigir. ¿No era el martirio más horrendo que nadie pudiera imaginarse el ir como van las demás, el ser como las demás son?

Lo peor no era eso. Lo peor era que esa igualdad misérrima estaba también en el espíritu, dentro, muy dentro ya. No sólo era necesario ser como todas en la calle, en los actos de la sociedad, sino también en la casa. Eso de que los españoles en su casa son los reyes, eso rezará con los hombres, con las mujeres la esclavitud raya en lo espantoso. Hay que ser como todas son, la crítica es insaciable. La crítica en las ciudades españolas no perdona, mata un día cualquiera, cuando menos se piensa, hiere en donde no hay cura, en el corazón, en el amor. En otras partes la independencia es la vida y es el amor. Aquí... aquí la mujer independiente, audaz, es residenciada. Y es abandonada, más que por las otras mujeres, por los mismos hombres. Por los hombres, aunque parezca increíble.

Una vez Georgina le decía a Mustiola:—Ya se lo habrá dicho Alejo. Alejo conoce bien España... El número de las mujeres que no se casan es enorme. Por eso hay tantos conventos de mujeres; ahí está la razón. En Castilla es atroz el número de las que no aman, de las que no pueden amar. La crítica tiene la culpa.

Y que esto era verdad lo hubiera podido decir don Basilio, a quien doña Berta, su mujer, le había hablado de ello.

—Dile a Alejo que concluya pronto la Salomé.

—¡Demonio!, la concluirá cuando... la concluya. Esas cosas no tienen plazo fijo. ¿A qué viene eso?

—¿Que a qué viene eso?, a casi nada. ¿Y el qué dirán?

—¿El qué dirán de qué?
—Pues eso, el qué dirán, ¿te parece poco?
Don Basilio se alzó de hombros.

El doble idilio de Fidela y Paula iba viento en popa. Eran dos amores como todos los amores, una promesa firme de matrimonio y un idilio a cuenta de la futura luna de miel. Sólo en Georgina, en el alma pasional y callada de Georgina, adivinaba Mustiola algo que se salía de la vulgaridad de lo que la rodeaba. Pero ese algo... estaba en Castilla y era indefinido, difuso. ¿Amaría aquella muchacha tan linda al pintor Alejo?

IV

> —Tome vuestra merced, señor licenciado, roce este aposento no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros y nos encanten en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo.—«Don Quijote», 2.ª, VI.

Doña Berta no se equivocaba. Ya hacía tiempo que en la ciudad castellana se comentaba de mala traza el que las tres hijas del maestro Basilio sirvieran de modelo al pintor Alejo, aunque los cuadros en que ellas figurasen no hubiera desnudos ni cosa parecida.

Después, la venida de Mustiola, su aparición en la ciudad castellana fué la gota que desbordó el vaso. Una novela provinciana las críticas que provocó la bellísima criatura. Oh, y qué seres tan excéntricos, tan estrambóticos crea Europa!... Como guapa sí lo era, pero esos trajes, esa audacia! Hasta en la iglesia, dentro de la iglesia, no podía orar sin llamar la atención. ¿Y las tres hijas del maestro Basilio?... Ellas que eran ya raras de por sí, ahora, al lado de ese fenómeno mundial, ¿dónde irían a parar? Dios los cría y ellos se juntan. No podía ser menos. Esos artistas... concluyen mal siempre.

La envidia y el odio, esa envidia y el odio ese bajo los cuales arde una protesta furiosa contra el mismo ambiente y el destino provinciano, se cebó primero en Mustiola, y luego en la dulcísima Fidela, en la picaresca Paula, en la enigmática Georgina. ¡Ellas que no salían nunca de casa, del taller!

Las mismas señoritas, que se pasaban la vida organizando bailes, que en los Casinos y reuniones, toda fiesta de Beneficencia o de Sociedad sólo era un pretexto para que pudieran bailar las niñas, criticaban ferozmente a Mustiola ¡porque bailaba!... Bah, una danzarina... al cabo era una... de esas que bailan.

Era una de esas que bailan pero que bailan... solas, no agarradas a un hombre como ellas, un hombre correcto, claro está, eso no hay que decirlo, mas un hombre al fin. Sin embargo, ¿qué de particular tiene eso? Es que la costumbre no lo autoriza? En todos sitios se hacía lo mismo. Eso no se puede tocar, ha sucedido así siempre.

A pesar de su humildad, de su timidez, las hijas del maestro Basilio se incomodaban un poco al saber lo que de ellas se decía y al saberlo por esa clase de criaturas, más abundantes de lo que se cree, que flotan en el ambiente de las ciudades, inmunes por su misma insignificancia, angélicos seres encargados y tolerados por la sociedad con tal de que traigan y lleven noticias y recados. Sin ellos nadie se enteraría; sobre todo, no se enterarían aquellos a quienes menos importa, que es lo principal.

Que esa comadrería puede cometer crímenes... Que en esos fondos de crítica cobarde, pero muy sabrosa y hasta aristocrática, hay a veces simiente de tragedias horrendas, no menos horrendas por lo silenciosamente que se desarrollan... pues eso es lo que se busca. ¿Cómo pasar el tiempo, en qué emplear tantas horas como tiene un año? ¿Cómo gastar la fuerza cinemática cerebral? Leyendo, estudiando, abordando normas superiores de vida.

El mismo miedo que consumía el alma de las tres criaturas, que las mantenía al margen del arte más excelso cobijadas a modo de palomas en los travesaños

obscuros de una modesta vida interior, hacia que las señoritas comadrescas nó intentaran dar a su existencia otro aire.

Todo eso, tan vulgar, tan sabido, se complicaba un poco con otras cosas menos sabidas, menos asequibles, con el genio adusto castellano que rechaza desde tiempo inmemorial todo cambio, toda aspiración que no sea a modo de ascética pura con todas sus renunciaciones, o mística laica con todas su heroicas idealidades sutilísimas.

Aquella Castilla que adoraba Mustiola era como la Castilla que pintaba Alejo, uua Castilla mirada a través de idearios europeos muy macerados y depurados por concrecciones enormes de placeres y aspiraciones. La verdadera Castilla estaba allí, cerca, cerquita del estudio célebre, en el interior de las casas, de las casas aquellas que no se abrían nunca sino para el sacerdote y el médico. Castilla estaba en las mismas tres hijas del maestro, antes de vestirse con las máscaras que eran luego en los pinceles de Alejo magnificencias espirituales de hombres acostumbrados a mirar muy hondo.

Alejo no se dió jamás cuenta de todo eso. Nunca oyó que Castilla le criticara, no le dijeron el inmenso daño que su genio hacía a las mismas que originaban ese genio. Trabajaba y en paz. Buscaba en la región implacablemente cerrada a todo examen los sedimentos emotivos que la formaron como es, llana, rígida, seca, sin árbol, sin un árbol. Y en torno suyo se desplazaba una tragedia. Una tragedia... castellana.

Guando Mustiola les contaba su vida, era un cromo delicadísimo aquella habitación alta del taller. En medio de las tres bellas y tímidas muchachas, Mustiola las hablaba de Europa, de una Europa que para ellas era como un cuento de hadas. ¡Qué bien encajaban entonces en la artista regia sus movimientos y gestos más extraños!... Escuchándola comprendían las humildes criaturas que había fuera de la región y del círculo suyos algo muy vasto y de esplendor inusitado que podía quemar un alma con resplandores casi divinos y convertir en diosas modernas las mujeres bellas. ¿Pero es que Alejo nunca las contó esa vida ardiente, no sembró en su curiosidad de mujeres esos deseos que crecen en el corazón hasta romperle en mil pedazos que caen luego en el camino y le ensangrientan, poniendo a nuestros pies como un tapiz de púrpura? No, no; nunca Alejo las hablaba de nada.

—¿Ni a tí tampoco, Georgina?

No, no; a ninguna de las tres. Le servían de modelos castellanos. No se hablaba jamás de otras cosas que las que inspira Castilla. ¿No ha sido Castilla quien ha enseñado a los hombres el valor espiritual de la *Nada?* Cuando Alejo venía al taller después de sus triunfos y jornadas en el extranjero, caía sobre su alma la de Castilla y ni hablaba siquiera.

—Ni un árbol, ni un árbol; sí, es verdad, como Castilla—decía Mustiola.

—Ah, qué bien se está en Castilla—dijo cierta vez Alejo de vuelta de Nueva York, donde hasta el Presidente había buscado su amistad.

Aquellos paraisos artificiales o verdaderos que Mustiola extendía ante el alma quieta y sumisa de las hijas de don Basilio, producían, en éstas, momentáneas exclamaciones de asombro. No eran pobres, tenían su aureola, la de Alejo; sí, sí, se irían como Mustiola, claro es que en otro sentido, por Europa, por el Universo. Palmoteaban como chicuelas oyendo cuentos orientales. Mas papá, don Basilio, tan artista, tan célebre, nunca echaba de menos esas cosas: mamá, tampoco. Y Mustiola no comprendía en efecto aquella abstención, aquella negación voluntaria al boato artístico. ¿Qué clase de gente es ésta que el Mundo celebra y cuya celebridad se esconde, huye, teme esos mismos resplandores que sabe producir, que acierta soberanamente a crear?

Se las conocía en el Mundo entero, y ellas no salían de su rincón. ¿Por qué?... Ellas se hacían lo misma pregunta. Tan bellas, mujeres ya y mujeres encantadoras ¿se sometería Fidela a Pando, a Rodó, Paula? ¿No sentían en el pecho ansia de nuevos horizontes, de los horizontes libres del arte? En el momento en que las hablaba Mustiola. sí. Ah aquel acento suyo cosmopolita, acariciador, embalsa-

mado con una aloina que embriagaba y hechizaba. Solo su lenguaje tenía ya el hechizo de lo lejano y lo desconocido. Mirábanla a veces el cuerpo y aquellas formas irradiaban un no se qué europeo, de libertad, que las hacía irresistibles, dotándolas de una feminidad más profunda y deseable que la suya. Sí, sí; eso lo entendían bien. Su cuerpo no era feo, sus formas poseían curvas y masas espléndidas; mas no decían lo que las formas de Mustiola. Se habian reído muchas veves de ellas pero bien comprendían que los hombres tenían a la fuerza que encantarse contemplándolas. En cambio, a ellas...

Era gracioso oir sus confidencias a Mustiola. Sonreía la danzarina. Paula bajo su picaresca malicia e indiferencia aparente descubría ansiedad honda. Fidela temía, temía no sabía precisar qué, pero confesaba que se espantaba muchas veces al considerar su porvenir sentimental. Solo Georgina no hablaba. Mustiola con toda su habilidad nada podia arrancar a aquel corazón sencillo cuyo fuego aparecía en los ojos de vez en vez y se escondía presuroso de que alguien le notara. Muchas veces habían cambiado de novio. Se iban ellos... o había que echarlos... Novio, ¡qué palabra tan vulgar!... La señorita tiene novio, oh, qué frase tan desprestigiada, ¿verdad? Todo muy honrado, ya lo creo, ¡no faltaba más!... pero todo muy tonto. ¿Cómo era posible que en otros sitios de Europa la aristocracia del arte se consumiera de tan sosa y noña manera? Esos novios se iban a la primera comadrería que escuchaban, se iban llenos de miedo; asustados de haber querido a jóvenes cuyo retrato andaba por Europa, a muchachas que pudieran algún día sorprenderles con pasiones e ideas superiores a su miedo. Si, era miedo, miedo, como el que ellas tenían a la vida brava europea, a la vida espiritual intensa. Y así como ellas eran víctimas de su propia timidez, ellos, los novios, escapaban temblando no les descubrieran lo poco que espiritualmente valían.

Los novios que tenían ahora quizás no fueran como los otros. Esos jóvenes americanos son de nuestra sangre es cierto, pero son ya otros muy diferentes. Les habían jurado amor. Estaban orgullosos de ellas, como mujeres y como artistas, como hijas de don Basilio y hasta por haber dado días de tanta gloria a su maestro Alejo. Eran muy fogosos además.

Y reían. Y de todas quien reía más era Mustiola. En medio de ellas las contemplaba amorosamente, con el estrabismo de sus ojos, aquel estrabismo fascinador semejante a una pupila que estuviera mirando dentro del alma y fuera del alma a un tiempo mismo.

Sabía a que atenerse sobre los hombres, y sobre aquellos americanos tan fogosos. ¿No alcanzaba más su arte que a desearla rabiosamente? Habían llegado hasta ofrecerla dinero como a una ramerilla. Sin duda que tenían de ella un concepto admirable como danzarina pero sin duda también que juzgaban les proporcionaría un placer mayor por eso mismo. El arte así entendido ¿no es una vulgar canallada?

Mustiola entre las hijas de don Basilio era una bella estampa. Las muchachas sentían su inferioridad. Pero dentro de ellas una intransigencia de hierro rompía la fascinación y las sumía en la moralidad de un extraño quietismo cuyas raices estaban mas abajo que su alma, en el alma misma de Castilla.

V

Se diría que es un alma que danza bajo una forma sensible—.«julio Lemaitre.»

El ábside traza en el taller de don Basilio un arco encantador. Salvajes sacerdotes del viejo edificio cluniense picaron los capiteles de las columnas, rellenaron de cal las grecas románicas, tapiaron las murallas con tumbas anónimas y los bellos sepulcros con montones de piedras; pero don Basilio limpió las paredes de su inútil lechada de cal, aisló las columnas, las estrías, las dovelas, descubrió las cimbras e hizo destacar la nervadura vigorosa de la bóveda.

Corre a la altura del ara una zona de piedra labrada que es una delicia, y un poco más alta, otra cenefa de hojarasca conservada intacta. En los capiteles mutilados restan aún prodigiosos relieves, trabajos sinceros en los que artifices in-

comparables ponían su alma entera. Realmente nada tan rico en arte como aquel aprovechamiento del cogollo en que remata el fuste y sustenta el ábaco. Parece que aquellos animales no fueron cincelados en la piedra sino que anidaron allí para siempre y al momificarse entre los pétreos florones tomaron el color y la dureza de los bloques.

El ábside abre su arco sobre unos escalones carcomidos y una lucera abierta en los restos de una ojiva hace caer sobre ellos tamizada luz que descubre en los rincones, aquí un cristo bisantino en el que el simbólico triángulo de la Santísima Trinidad parece haber regulado las facciones y hasta los trazos de los vestidos, allá vírgenes hieráticas, casi herméticas, semejantes a anagramas estatuarios, por todas partes, vestigios de edades pretéritas, manufacturas suntuarias, tinajas, retablos, vasos, piedras que recuerdan maravillas de los imagineros, y arrimados a las paredes garrotes castellanos de policromía parecida a las camisas de las serpientes, arreos de mulas, atalajes pintorescos cuidadosamente colgados entre los santos y los restos heroicos.

Mustiola mira todo eso con sus ojos de buho. Se transfigura por momentos y parece mas alta, grave y suntuosa. La inmuta el lugar en que se encuentra, lo observa con miedo. Cerca de allí están sepultados famosos guerreros que ocupan en la historia largas páginas con sus hechos. En el suelo que pisa y que ha escogido para danzar hay centenares de esqueletos; bastaría levantar un poco las baldosas mugrientas para que aparecieran esos restos. Sus ojos de bayadera crédula se agrandan y miran espantados con llamaradas azules, de un azul siniestro, como el espectro de un siglo que persistiera en el hueco de uno de aquellos nichos.

Examina Mustiola los rincones. Entrecruzadas las manos, ora; es una contemplación que reza. En sus actitudes revela que su espíritu vivió en los siglos de los geroglíficos y su cuerpo de divinas líneas acusa movimientos religiosos que el estudio no otorga. La visión de arte pasa íntegra a su alma de danzarina de otro tiempo y cree vivir en las épocas lejanas en las que eran ellas, sacerdotizas y esclavas de los dioses, dueñas de los destinos de todos. El capitel truncado, el plinto roto, la greca interrumpida, las columnas quebradas, sumen su espíritu en el abismo licencioso de las edades en las que los objetos no eran sino prolongaciones de una intensísima vida interior.

Don Basilio, Alejo, la observan sonriendo. Solo se admiran los discípulos americanos que siguen sus movimientos ávidamente con lujuria y temor en los ojos. Quiere bailar allí. ¿Allí? Templo de la fé, santuario de la milagrería, basílica, convento, pagoda, mezquita, ¡qué mas da!... El dios que ella ama y la Muerte. El dios de la Muerte inspira los misterios sublimes, los grandes arrebatos que sumergen las almas en las lubricidades a través de cuyos efectos se ve el mas allá, los paraisos o los infiernos de los mundos obscuros, de los soles negros. Y como se siente poseída por ese dios en aquel ambiente, sus miembros se conmueven y sobreexcitan y sus narices se abren aspirando el ideal hedor de las carroñas allí enterradas.

Se la ve bailar en su inmovilidad aparente. Espía los lugares ocultos con un miedo luminoso en sus pupilas de puma. Violentamente se despoja de su gorro servio, de su chal de Cachemira y sube al ábside y en el ábside danza.

Es un homenaje al templo. Es como una infiltración de veneraciones muy viejas que sacuden su alma como viento de tormenta espiritual. Baila sin música. No la necesita. Su cuerpo obedece al extraño ritmo en que se consume constantemente y a la sugestión del templo. El la inspira un género nuevo de baile en el que la fé áspera de otro tiempo marca el compás. Es un baile anguloso, seco y grave. Compases de garrotín mezclados a improvisaciones de lirismos ambiguos. Adora a la muerte, a las ruinas, al fuego del genio lóbrego que reina allí y que ella vé sola. Venera la muerte y le ofrenda genuflexiones y sombríos rasgos de cariño. Tiene por tablado sepulturas y su misterio que es la aspiración a la eternidad y al placer o al dolor sin descanso, sacude el árbol prodigioso de sus nervios. Se dobla y balancea sin esfuerzo. Sus pasos vibran. Se oye como un rumor de carne suelta. Su talle se comba al impulso de sentimientos sutilísimos que for-

man en el aire líneas astrales. Parece loca, come subyugada por la fé y posesa. Arroja su corazón y en torno de él danza y le estruja. En el ideal charco de sangre bordan sus pies tramas de imaginero y asombra presentir en ellas como un remedo de las tracerías románicas. Luego, son los canecillos de los pórticos los que imita. Mas tarde, parece doblegarse aquel cuerpo y escurrirse hacia abismos sin fin. La luz del paimel la destaca muy poco en las sombras del ábside pero la agitación de su pecho la desprende de ellas. Así, encuadrada en el lienzo obscuro del ábside es como una fulguración del espíritu de la piedra, como un sueño muy denso en el que el espíritu desgarrase la inmovilidad de la piedra labrada y la destrenzara en serpentinas, en pautas modernos, en compases de órgano, en notas bruscas de címbalos sostenidas largo tiempo en el viento como un grito de nocturno delirio. Muévela un soplo ascentral. Las articulaciones flexionan movimientos que solo son posibles en estado de espasmo, de sonambulismo religioso. Un aliento de la fatalidad que anima el tabernáculo de todas las religiones parece conducirla vertiginosamente. Suda, enrojece, se fatiga, se cansa. ¿Es posible que la canse aquella danza tan natural, toda espíritu, toda movimiento anímico, en la que parece trabajar mas que su carne su silueta el *doble* de los espiritistas, el alma desligada de todo vínculo? Un fuego fatuo resplandece en su frente. Gira en torno de ella un nimbo rojo de lujuria santa y cuando en su baile se aleja y se acerca, se acerca o huye de apariciones, de sueños imposibles, de pesadillas o visiones teosóficas. Rendida, anhelante, enhiesta su enorme mandíbula de leona herida. El temor, la veneración la hacen esconderse y adorando aquellos rincones parece que desea infiltrarse, consustanciar su espléndida materia en las piedras porosas casi bermejas...

Don Basilio se acerca a ella y en sus ojos de viejo hay un fuerte deseo. En cambio, Alejo ríe. Y ríe tan fuerte que Mustiola oye y le mira.

—Sin un árbol, como tu Castilla—dice aquella mujer.

Las hijas del maestro miran a Mustiola con miedo. No se explican aquello, es algo muy vago, muy lejano. Reirían como Alejo si no tuvieran miedo. Alejo dice:

—Eso en Castilla, es la bobada mas grande del mundo.

VI

Se destroza con tremenda rabia lo que se adoró con temor.—Juvenal.

Salomé había sido terminada; el cuadro era una maravilla mas de Alejo. Mustiola apreciaba el mérito de aquella técnica formidable, limpia, clara, en la que todo había sido sacrificado a la franqueza, a un valor positivo, macho. Pero Mustiola estaba muy descontenta de los otros valores espirituales. Aquella Salomé, de Alejo, tenía en la cara un reflejo de la suya, una máscara supremamente copiada del carácter de la suya; mas nada había allí de oriental. Se presumiría que era una Salomé por la cabeza del Yokonaam bíblico que en la fuente talavereña sostenía en sus faldas la imagen; mas ¡qué imagen!... Aquella mujer era una española, una castellana, una criatura que hubiese vivido en nuestros días, una joven admirada de que tan gran pintor se hubiera molestado en retratarla y procurara, a través de la graciosa sonrisa de su sorpresa, estar lo mas quieta y estúpido posible.

—Sin un árbol, sin un árbol, como su Castilla—repetía Mustiola ante el cuadro.

Sin un árbol... La expresión favorita de la inmensa danzarina quería describir el alma de Alejo Oural. Era así, si un árbol, como la ciudad castellana, como las hijas de don Basilio, como la Castilla extendida a los pies de la torre del taller.

Aquella alma sin un árbol daba aquella técnica firme, fiera, seca en la que nada faltaba pero en la que nada sobraba tampoco. No había árboles, ni claroscuros, ni sombras que hicieran las claridades menos hirientes, ni términos medios que velaran las realidades bruscas de los extremos. ¿Habría sido sacrificada a esto el alma de Georgina? Sí, era muy probable. Georgina, Paula y Fidela mismas la torre, don Basilio, Castilla; si Castilla se hubiera opuesto habrían sido sacrificadas a ese espíritu entero, agresivamente rudo. ¿Qué importaba la tragedia?

Ella, Mustiola, le amaba. El ni siquiera se había enterado. No era posible

amarle a él, había que amar en él algo que Mustiola no sabía definir, que cuando procuraba imaginarlo destrozaba su corazón con los rasgos indefinidos de su espectro. Sentía ante él lo que delante de Castilla, la proximidad de algo adorable pero que hiela aún estando a distancia.

La realidad de las cosas ¿qué mayor belleza y qué mayor martirio?

Castilla era la realidad de las cosas; nada de poesía si antes esa poesía no ha visto la vida como es. ¿Comprendía ahora por qué sus bailes no gustaban? ¿Por qué se había reido en su danza del taller Alejo el colosal artista? Salomé o no fué nunca o fué así, como él la vió, viva, una mujer, y una mujer como todas las mujeres. La Salomé de Strauss, la de Wilde, fueron eso; sueños del músico alemán, del poeta inglés. La Salomé de Alejo no era de él, era la Salomé, la del Evangelio apócrifo, la de la leyenda cristiana. Salirse de sí mismo, triunfar de si propio, ser tan impersonal que no haya necesidad siquiera de desvanecerse en la labor emprendida, ver las cosas como son y cuando no son y es necesario que sean imaginarles de tan severo modo que el Creador no pudiera mejorarlas.

Cuando Alejo la preguntó: ¿Te gusta Salomé, Mustiola?, el pintor no dijo *mi* Salomé y en su acento había ese no se qué que significa indiferencia de juicio. ¿Qué le importaría a él si la gustaba o no? El triunfo Universal vino a su corazón por eso, no apasiodándose por su triunfo, no buscándole en el gusto de lòs demás y por muy refinado que él fuera. Si estaba bien lo que hacía, bien estaría siempre aunque el Mundo entero silbase.

Mustiola recordaba que no había podido nunca terminar la lectura del Quijote. Recordaba que ante los cuadros de Velázquez se ponía nerviosa, mala, fatigada como si el cerebro recibiera una fortísima impresión indefinida que luchara en vano por precisarse. Ahora sentía algo parecido.

Estaba ante la tragedia castellana. Lo que debe ser, es. Lo que debe ser así, así es aunque Dios mismo se opusiera. ¿Cómo vencer esa fatalidad y cómo, asímismo, tratar de comprenderla y evitarla?

Un novelista castellano de espíritu ¿qué ha de hacer si no lo que hizo Cervantes? La realidad, la realidad...

En el fondo de la comadrería inmensa de la ciudad palpitaba el amor a la realidad de nuestros destinos. ¿No está la felicidad en no alterarlos? ¿No es la felicidad resignarse a las cosas como ellas son en sí?

En otros países Fidela y Paula habrían sido heroínas admirables y con sus pasiones, envueltas en atmósfera densa de arte y de gloria, hubieran tejido sangrienta tela vital gérmen de emociones innumerables y sutiles. En otro sitio Alejo y Georgina se hubieran amado, se lo hubieran dicho y fundidas sus almas habrían creado arte y vida de fulgurante exterioridad.

Aquí... ¿qué necesidad había de que pasara nada? La indiferencia de la ciudad por las hijas del maestro, la de éstas por la vida europea fastuosamente exterior a todo y como tangente a la vida interior misma, la de Alejo por la hermosura y arte de Mustiola tenían la misma causa. Lo que es, es; ¿por qué admirarse de ello? Tratar de que los sentimientos y las ideas *sean;* he ahí la labor. Y he ahí el triunfo suficiente. La tragedia de las tres hijas del maestro era Castilla. Indiferente a todo, las lindas criaturas habrían de someter a Castilla su rebeldía y sus ansias... Y agrupadas, quietas, sumisas, ver cada día más clara la realidad de las cosas y no intentar, bajo pena de que la tragedia se hiciera real, viva, nada que contrariase la adustez sublime de la región inexorable.

Eugenio Noel

!!EUREKA!!

CALZADO WALK-OVER
Nicolás M.ª Rivero, 11, Madrid

Gran Farmacia
de la **Viuda de G. López**
Acreditada en el despacho de recetas.
Plaza de Isabel II, 1

FOTOGRAFIA
BIEDMA
CALLE DE ALCALÁ, 23
Teléf. M-730-Hay ascensor

Es la mejor La ciencia tiene demostrado que la caida del cabello es debida generalmente a enfermedades de las raíces capilares o bultos. Usando **La Flor de Oro**, evitaréis esas enfermedades y tendréis la cabeza y el cabello sanos y conservaréis su color.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

POR SEIS PESETAS
puede adquirir un magnífico
FILTRO "ARSO"
de un rendimiento de 24 litros al día, en la fábrica
Prim, 5, (Barrio de Doña Carlota) Puente Vallecas

MONTESERIN
Sus primores en hechuras de trajes y gabanes desde 40 pesetas en adelante.
CARMEN, 25, ENTLO.

HELVETIA
GRAN VIA 16
RELOJES-PULSERAS DE NOVEDAD Y ABSOLUTA PRECISIÓN
desde pesetas 12 a 1.500

Evita el dolor de muelas
DENTALINA
Perfuma el aliento
DENTALINA
Alcoholera, Carmen 10

HALADIN
El mejor líquido para limpiar los metales
De venta en droguerías.

¡VERANEANTES!
Antes de amueblar vuestras residencias veraniegas visitad el grandioso surtido que tiene en muebles sólidos, ligeros y elegantes el
PALACIO U HOTEL DE VENTAS. ATOCHA, 34.

LOS ANIMÁLES

Hemos lanzado a la publicidad una interesantísima **colección infantil única** donde se describen de manera amena las costumbres de las fieras y los animales salvajes y el modo de cazarlos. Esta colección se divide en **24 cuadernos** bellamente ilustrados **en tricolor**, consagrando cada uno de ellos a un animal diferente.—El jueves próximo aparecerá

LA SERPIENTE

Precio del cuaderno: 20 céntimos
No se acepta el pago en sellos. — Pídanse a Corresponsales y a esta Administración, Calvo Asensio, 3. — Madrid

LA MEJOR MÁQUINA
DE ESCRIBIR DEL MUNDO

MONARCH

MARCA SIN RIVAL

Modelos especiales. { Diferentes estilos de escritura.
Diversidad tamaño de los carros.
Teclado con 92 signos.

CARACTERISTICAS PREFERENTES
A TODAS LAS MARCAS CONOCIDAS

(Véase anuncios de «La Novela Corta» de los días 3, 10 y 17 de Mayo.)

REPRESENTANTE:

ANTONIO LINARES, PEZ, 2.-MADRID

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral y Friné.**—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3. Madrid.